

**SELECCIÓN DE POEMAS DEL LIBRO INÉDITO  
*CAMELLO COLOR FUSCIA*  
DE JOSÉ VIÑALS**

Camello color fucsia

Tengo mi bicicleta aparcada en un lugar que los antiguos llamaban alma. Es verde con ribetes dorados y puede alcanzar altas velocidades e incluso llevarlo a uno hasta los bordes de la muerte. En el mismo lugar mas un poco apartado, tengo el camello de mi nieta la pequeña, pintarrajeado en color fucsia. Tengo también un teatrino de palo y una reproducción en lata del expreso París-Praga, en donde conocí a la dulce e inasible Livia Schubert incompleta, amada sin furia por el poeta Pedro Salinas. El camellito me estimula para que me atreva a mantener con los ángeles nocturnos una severa conversación sobre el sexo. No estoy triste aunque una vez estuve triste. Se han desvencijado los muros de mi escondrijo de juguetes. La lluvia no tardará en llegar y adquirirá la tarde sus reflejos morados, pero yo estaré lejos del cielo, a una distancia cruel del cielo. Hace ya veinte años que no lloro, veinte años largos en la inutilidad de la tristeza. Me montaré en camello, yo sé lo que te digo, y vagaré por los médanos sureños, loco como una cabra, dando gritos azules de pordiosero de la luna. Son apropiados para eso los camellos color fucsia que he conocido en mi vida, todos los camellos de ese pelaje, que son muchos.

Hay alguno también de color lila, pero eso no tiene la menor importancia. Tiene importancia el que yo tengo en el rincón de mi escondrijo, el que me habla durante los eclipses, el que me mira de reojo cuando descifro mis contradicciones y me quedo con las más ciegas, con las más volátiles, con las alas de cuervo de la vida.

## HPR/103

### Transparencias

Por lo que he visto, por lo que veo. Por el zumbido bronco de las procesiones. Por la nieve que cuajó en los naranjos de la calle. Por *Esta luz* de Antonio Gamoneda. Por la perplejidad del corderillo ante el mundo redondo y las ubres repletas. Por el amor. Por el trabajo morboso de los celos. Por los desvelos. Por la amante. Por los frutos y las frutas, por el Verbo y los prolijos sustantivos prosaicos. Por la Eva futura de l'Isle Adam. Por el cementerio encalado de Casa Bermeja. Por mi casa, por mis asuntos diurnos y nocturnos. Por nada, por la insignificancia de las cosas humildes que tanto significan. Por haber mirado noches y noches tras los cristales del absurdo. Por creer en el alma en la suprema creencia de los cuerpos. Por sentir la lágrima, por sofocar el gemido, por la inocencia sagrada de las víctimas. Por ti que te bamboleas con tus patorras en el cieno, confundido heredero de la luz y el delirio.

## HPR/104

### Pequeña puerta morada que da al sur

Miro pero no veo el sur que tengo en mi cabeza. ¿En mi cabeza? Vaya lugar atolondrado y bobo. Busco el sur polvoriento de la infancia, el de los caballos y los circos ambulantes, el de la yegua llamada Golondrina, el de los tordos y las lechuzas, el del tren colorado, el de la madre viuda, el sur de la cebada y el centeno. El mío, el de la amada. El del dolor y el desarraigo. El del padre en su tumba. El del cielo limpio. El de las nubes negras y los relámpagos colosales. El del tazón de leche y el pan con chocolate. El de los terrores nocturnos, el de la escarcha, el de las vizcacheras sorprendidas. El del monte de quebrachos, el de los eucaliptos y el viejo tala. ¿Y para qué lo busco en la desolación y en la nada? Ya no nos queda tiempo para pisar aquella tierra, ya no nos queda mundo. Hay una puerta sin embargo, una puerta pequeña que da al sur de los prodigios: la llamaría Vallejo, la llamaría Neruda, le daría nombres cortos, de no más de tres sílabas, como Sagrada, como Eterna, o tal vez la Sin-trampas. Terrón de azúcar en la lengua, la vida se disuelve y ya no hay amargura.

## HPR/105

### Cuadrados de aluminio y aceros

Deslumbramiento del festín metálico, pata de araña de la brújula o de la rosa de los vientos, caracola no hallada, penumbra visceral de las máquinas raras, avión de la lujuria. Torpe de mí que todavía creo en los azules y en la piel del cordero, que todavía creo en los trenes transiberianos y en los soberbios trasatlánticos hundidos, y en José de Arimatea bañándose en el Eufrates y comiendo semillas de cinamomo. Torpe de mí que vi a Mondrian en los baños turcos y al loco de Einstein en la sinagoga de Jerusalem. Torpe de mí que he vomitado en las líneas de montaje de las filiales latinoamericanas de Ford y Fiat. Torpe de mí que no medí las consecuencias del suicido. Torpe de mí que te he amado de rodillas con un pebetero en la mano izquierda y una escolopendra en la derecha. Torpe de mí que no consideré en tu nacimiento el cuadrado de Malevitch ni las carnaciones nacaradas de Amedeo Modigliani, ni las matemáticas sagradas de Newton, ni el pájaro de fuego de Strawinsky. Torpe de mí que he descendido a los infiernos de la letra desoyendo las claves del Verbo, Dios incomprendible, puta madre.

## HPR/106

### Negro y blanco contiguos

No soporto tu ojo ni sus convicciones de blanco a negro o de negro a blanco, ni su desastrosa pigmentación extrema y contradictoria. Tampoco soporto el licor de arándanos ni las cremas faciales con las que adulteras tu semblante de novicia loca, bruja entre brujas, pabellón de corsario. No soporto que seas blanca o negra, sin desfallecimientos de la mañana a la noche. No soporto tampoco tu afición a las naranjas ni a las tumbas de los déspotas ateridos, ni tu afición a los catorce versos, pequeña Violante, matrona de la codicia y las palomas domesticadas. En realidad no te soporto, no soporto tu peso excesivo sobre mi columna vertebral, sobre mis testículos. Desaparece de una vez, hembra de Luteros y Calvinos, cochinita lujuriosa, pastel de frutos ácidos. He de comprarte un aeroplano, una motocicleta roja, una caja de fresas, sólo para que te vayas con botas de montar en la realidad inversa de la tarde. Y déjame mentir que no soporto tu orejilla en mi lengua de vampiro contrito, de sacerdote de la concupiscencia, de sacristán del vicio. Blanco y negro, maldita vocación de estereotipo, de maniqueo voluptuoso. Blanco o negro, como cualquier jacinto.

## HPR/107

### Espesor de la gota de azul cobalto

Miro a Rothko. ¡Qué hondura! Me embadurna el silencio, me doy de bofetadas contra su azul, contra su rojo, contra su gris denso y transparente. Estoy bobo y traspasado como un arlequín crepuscular, flaco de piernas, con el vientre abultado y con sombrero de gato, de felpa de gato, de chillido de gato, bobo en la colina de las estrellas, bobo soplando una flor de cardo, bobo con un obtuso clarinete que no suena o suena poco. Gracias a Rothko, a su azul de cobalto, a su rectángulo donde moran los santos protestantes, la ceniza de las antiguas hogueras, el poco de cielo habitable que queda sobre la tierra huesuda. Y yo aquí bobo y amándote. ¿Puede ser? ¿No estoy condenado a morir colgado de una cuerda como Gerard de Nerval? Miro la torre negra, miro el farol de la calle, miro los vitrales de la catedral gótica, miro el perrillo que orina contra la piedra. Gota de cobalto tu ojo, tu ojo gota de cobalto. Me condena, me salva, me inunda, no me deja caminar. Voy a arrastrarme esta noche violeta, voy a arrastrarme hasta tu puerta, meretriz angélica, puta de terciopelo, boca bonita.

## HPR/108

### Sustantivos morados

El cardíaco, el alacrán de la Guajira, las patitas de la paloma mensajera, mi peine, mi cepillo de dientes, mi blando corazón. La amatista, la indumentaria del arzobispo cojo, la estulticia, los jugos del pasado, los dedos de mis pies en la cercanía de la muerte. Así yo, cabizbajo entre las aceitunas de la tierra que habito, así la catedral en miniatura que guarda los restos del santo circunciso. Así la banderita de Jaén y la banda cruzada de los músicos del municipio. Así el vestido de la promesante y la caperuza de los nazarenos. Así el gato que no tengo y los oblongos huevos de la perdiz en el nidal piojoso. Y las cosas que recuerdo; y las que olvido. Y las variaciones Goldberg en mi día de fiesta tras la sombra violeta del poema. Tras la sombra violeta del poema -acabo de decirlo y no lo creo- sombra morada, sombra más densa que la sombra, bisel de luz oscura, fino descenso de las pasiones del amor, los verbos absolutos, la noche encandilada. Ay, San Juan de la Cruz, cómo me pesa tu silueta, yo tan gordo.

## HPR/109

### Óxidos

La pérfida herrumbre del otoño y Lubics Milosz mirando la caída de la hoja, la primera, aquella que cayendo conmueve de pavor toda la selva. El cuchillo oxidado en el macizo de geranios. La roldana del pozo. Los límites de la zozobra, el aerolito del parque Independencia. Azafranes turbios, tierra roja de Sevilla, borra del café, y lo que mueve el ojo a la distancia, el pájaro apolillado, la colina y el esparto sobre el lomo de las bestias. Yo aquí con mi lengua oxidada, el espectro visible de la poesía con óxido verde o moho o musgo o líquen. Blasfemia u oración entre los polos. Y el ópalo y la estrella, y la campana de la iglesia del pueblo, y el hierro de los rieles, y la pluma del cacholote, pájaro pardo. Bebo del agua del aljibe, como avellanas, discuto con mi perro las nuevas circunstancias de la vida. Raspo con una piedra la lápida rojiza de mi padre. Yo la he vuelto rojiza por causa del atardecer, por la constancia de la muerte, por el sepia caliente de su retrato infame. Debiera entrar al zoo y ver la cola del caimán y las pezuñas de la cebra, y reírme en la deformidad de los espejos de mi cara de mono, en la tenacidad de la tristeza. Oh, la música. ¿Quién la extraña?

HPR/110

Claridad

A través de la lagrimita fingida. A través de la lámina de cuarzo de tu pequeña risa, hija de golondrina, hija de camello africano, desdentada. A través de la diafanidad de las horas de amor. A través del círculo de polen. Te miraré fijamente, hasta la vergüenza, hasta el sonrojo. Te peinarán con peine de oro o cosa parecida. Te verán crecer como plantita de pimiento, como huerta perfumada, como flor del almendro. Como transparencia que no conoce fatiga. Y te veré insurgente, como decía el poeta niño, *con el beneplácito de los grandes heliotropos*. Pásale tu lengüita a la goma del sobre, ciérrame la carta.